

campanarios, vuelco las casas, esparranco los viejos palacios, agrieto y derrumbo los gruesos muros de las iglesias, alzo nubes de polvo, levanto montañas de escombros, hundo y entierro al hormiguero humano bajo las ruinas palpitantes..... y no, no puedo precisar la idea, ni darme cuenta de aquel terrible batallar de la tierra que se sacude para echar fuera de sí a los seres que sobre ella viven, de la llama que crece y lame el cielo como la lengua de una colosal y devoradora salamandra, del aire que sopla en todos los fuegos y los aviva para que corran vandálicamente con sus legiones de chispas, y arrasen, hasta no dejar piedra sobre piedra, las más ricas y suntuosas viviendas; del agua, que, por la parte del Océano, se encrespa, bruscamente despetada, para tomar parte en la destrucción, golpeando con sus catapultas de olas, y entrando a saco en las playas para llevarse al mar cuanto alcance a arrancar y esté afianzado sobre las movezizas arenas. ¡Estupenda conspiración de las fuerzas ciegas de la naturaleza! ¡Inicua y pavorosa rebeldía de titanes!

Las maldiciones de los profetas a Jerusalén, los los inflamados versículos de Isaías, los grandilocuentes y casi sobrehumanos cánticos de ira de los bardos bíblicos; las rabiosas imágenes de aquellos rencorosos alucinados, no contienen en su alta entonación y en su rudo y enérgico lenguaje, una frase que llegue a precisar, a exteriorizar la impresión de anonadamiento, de horror, de desconuelo que ha hecho vibrar de miedo y de piedad los nervios del mundo civilizado.

El planeta está enfermo—dicen los sabios—; atraviesa por una crisis cósmica; sobre tal paralelo, en

tal región volcánica, habrá conmociones que destruirán la vida, para crearla luego, sacándola de los senos mismos de la muerte. Los sabios, en el fondo de sus laboratorios y observatorios, inclinados sobre sus libros, elevada su conciencia hasta el sereno espacio de la abstracción pura, los sabios, no han visto esto que nos espanta a los ignorantes: la caravana, la prehistórica caravana de Caín, cruzando el desierto, herida, y ensangrentada, y hambrienta, despojada de fe, desnutrida y débil de esperanza, rumbo al futuro sombrío; triste, sórdida, desencantada, egoísta, cobarde.....y, de pronto, sorprendida por las energías brutales e inevitables, por los gigantes invisibles de la Suerte, y quebrantada por la cólera negra y profunda de la Fatalidad. El Acaso, el gran enemigo de la caravana, armóse de las armas de los elementos, y, amenazando, destruyó, sordo a todo grito, impasible a todo sufrimiento.

Pero no desesperemos: al rededor de la desgracia, en torno del dolor, la piedad humana extiende sus mil brazos compasivos y acariciadores; y los hombres, tras el vértigo del asombro, se unen en un ideal altruista que eleva, sobre los instintos zoológicos, a la especie. No ha sido en este ataque de sorpresa donde ha triunfado definitivamente la Fatalidad; los hombres vencerán; el triunfo será de ellos, porque, a pesar de todo, los alienta y estimula y los hace invencibles ese anhelo de bien, esa aspiración de mejoramiento, ese afán de perfección que es el oculto y supremo resorte de su voluntad.

San Francisco renacerá, amigos míos, de sus cenizas. Ave fénix del progreso, pronto lo veremos

desplegar las alas hacia los azules luminosos del cielo y del mar.

Y..... sin embargo, aunque esto es cierto, y por debajo de la retórica palpita una piadosa y noble verdad, los ignorantes, los fantaseadores seguimos pensando en esos desvalidos, en esos inutilizados para la lucha, en esos seres para los cuales el porvenir se ha cerrado en tiniebla, ante su paso por el mundo, como una puerta de ébano bruscamente empujada por una mano misteriosa.

Los telones de estos pequeños dramas, que sumados forman una inmensa y espantable tragedia, tienen un aspecto de grandiosidad sideral: domina en ellos, al fondo, detrás de los cadáveres colosales de los palacios, cuyos contornos se dibujan como sombras de hipopótamos, el rojo deslumbrante del fuego y las espesas nublazones del humo. Los ojos, atraídos por los efectos maravillosos de ese cuadro, no ven que, por entre los escombros, por entre los restos de muros agrietados y de volcadas chimeneas, corren locamente, como insectos alirrotos, los habitantes de la encantada e infeliz metrópoli; los hombres, las mujeres, los niños, la triste caravana, la familia de Caín, que, en pleno desierto, fué acometida por la cólera incontrarrestable de la Suerte.....

UNA CIUDAD TRISTE Y UN PUEBLO ENFERMO

La ciudad, todavía soñolienta, se despereza, bostezando, como una muchacha a quien el sol del mediodía despierta de un largo sueño tras una gran noche de baile. Después de las fiestas de las Colonias, la buena ciudad se echó a dormir, rendida por el cansancio del placer. Sale ahora del reposo, y, acicalándose y componiéndose con sus habituales vestimentas y adornos, vuelve a tomar su aspecto tristón y retraído, de colegiala conventual en vacaciones.

La ciudad, sin embargo del aspecto de claustro español, que conserva a través de modernizaciones y reformas constantes, tiene su hora de bullicio, sus horas locas; la meridiana y la crepuscular. De doce a una del día la agitación de los negocios hierve en las calles céntricas; se desborda con ímpetus de inundación; espuma como agua violenta y enfurecida en el estrecho cauce. De seis a siete de la noche, el torrente es más tranquilo, menos ruidoso.

Es la invasión inocente y torturosa, y no higiénica, de la vanidad.

Es un interminable desfile de coches, un collar

de cajas lustrosas, de ruedas en movimiento, que recorre lo largo de las calzadas asfaltadas en la estrecha pero principal arteria de la metrópoli.

Los cuadriláteros luminosos de los aparadores prestan sus luces y sus encristaladas fantasías para dar un aspecto *féérico* al paseo crepuscular. El resto de la vida ciudadana es de recogimiento y soledad. Uno y otra se acentúan, se exacerban, al dar las nueve de la noche las campanas—con sonido de metal nuevo—del reloj de la Catedral. Todas las fachadas han cerrado sus puertas y balcones, como las caras cierran los ojos. Las aceras están solitarias; los tranvías pasan semivacíos; los *simones* dormitan, aquí y allá, a la orilla de las banquetas. Una paz religiosa se extiende hasta los más remotos contornos. Sólo en el teatro de las *tandas* o en alguno que otro café central, o en la esquina del Coliseo, convertida por la situación, en paradero de los tranvías, hay gentes fuera de casa. Las demás, que son casi todas, están allá dentro, descabezando, después de una cena silenciosa, la mordorra del primer sueño. El vicio es el único que vela en sus perversas correrías.

Así, pues, no sólo es el aspecto colonial el que nos queda: son las costumbres. Cualquiera diría que somos un pueblo laborioso, que rendido por el trabajo, cae en el sopor de la fatiga, el que alegra el alma y repara las fuerzas. No es verdad: somos un pueblo escondido, encogido, bonachón, perezo-so. No estamos, por lo general, cansados, cuando entramos por la noche en nuestras casas y cerramos la puerta a la vida exterior con dos vueltas de llave; estamos habituados a hacerlo así; así lo hicieron nuestros bisabuelos, al concluir su rosario o

su partido de tresillo, en los dichosos tiempos en que, para caminar por la calle, después de las oraciones nocturnas, era preciso ir santiguándose con la diestra y llevando en la siniestra la linterna sorda que brillaba, como un ojo de enano, en la niebla.

Es una existencia soporífera la que llevamos, una existencia rancia, de provincia virreynal en el siglo diez y ocho. Estamos retrasados doscientos años en los usos sociales. Y esta monotonía, este retraimiento, enmohecen nuestras energías y envejecen y hasta momifican nuestros espíritus.

¿Por qué ha de ser en nosotros artificial y pasajera la dicha de vivir? ¿Qué causas son las que nos obligan a rechazar el sano placer de la comunicación humana, el concierto, tan natural y fructífero y civilizador, de los goces colectivos? Es una herencia fatal, profundamente arraigada en nuestras conciencias. Hay de fijo, en ella, un morbo clerical, cuyo examen no quiero hacer aquí, pero hay también una anemia psíquica que se acentúa cada vez más y que cada día nos hace más débiles y más incapaces para el esfuerzo. Pueblo que no se divierte es pueblo enfermo. Pueblo que no asocia sus goces, que no se comunica la emoción del regocijo, que no se busca después de la cotidiana tarea para vivir unas horas de amable confraternidad, está en peligro de retrasarse y de perecer. Este ensimismamiento mexicano es patológico. Sedimento de raza, quizás, y producto, a la vez, del medio, es, no obstante, curable. Las clases directoras pueden y deben prestar su eficaz contingente. Las fiestas, las reuniones, los teatros, los paseos, son una necesidad: son más, son una medicina.

Es fuerza sacudir a toda costa este *farniente* insano. Yo he notado, momento por momento, cómo los síntomas de la clorosis social se hacen más persistentes y agudos. Entre clase y clase, entre grupo y grupo, entre familia y familia, entre persona y persona, se abren y amplían las grietas de la insociabilidad. Nos rechazamos; nos tenemos miedo; no nos conocemos. Y de ahí que, cuando transitoriamente nos reunimos, nos mostremos hoscos, permanezcamos callados, desconfiemos de cuanto nos rodea. De ahí que seamos intransigentes, desconfiados; de ahí que no sepamos tener reunión sin disgusto, ni fiesta sin murmuraciones y enemistades. Es que no podemos soportar las primeras molestias del frotamiento social, que son más tarde, cuando a ellas se acostumbra el ánimo, motivo de interés, de reflexión y de necesario conocimiento mundano.

Sentimos, en sociedad, el mismo escozor del selvático que por primera vez se pone ropa sobre las carnes atezadas y curtidas por el sol.

Nos creemos libres en la soledad de nuestra casa, como un primitivo en la soledad de su bosque. Y somos esclavos de la murmuración que susurra malignidades; de la calumnia que propaga desvergüenzas, de la envidia que atisba pecados. Por el ojo de la llave, la malignidad espía intimidades para comentarlas en estrados de callejeros rufianes.....

Yo he visto que hay *clubs*; yo sé que hay ricos; me han dicho que hay palacios; me cuentan que existen teatros. Y, a pesar de todo, lo que no existe es sociabilidad. Muy de tiempo en tiempo, un *eco* periodístico, reproduce el ruido de una fiesta. Muy

de cuando en cuando, se anuncia que van a abrirse estos o aquellos salones. Muy rara ocasión los cronistas tienen oportunidad de decir que un espectáculo culto se ha visto concurrido. En seguida cae sobre la ciudad el silencio beatífico, la calma claustral, la religiosa meditación.

A las diez de la noche cierran los ojos—caras de piedra—las fachadas. Los gendarmes dormitan junto a la linterna que parpadea. La claridad eléctrica se extiende por las calles solitarias. La ciudad comenzó a dormir su sueño de anemia, llena de místicas apariciones y de visiones revolucionarias.

1907.

LA CIUDAD EN INVIERNO

Lo primero que me viene a las mientes al comenzar esta crónica, es la nota de invierno. En días velados y friolentos, nuestra ciudad parece otra: es decir, no; pierde un poco de su carácter amplio y alegre, de su viva y sonriente fisonomía, de su típico gesto de población colonial, holgada y luminosa, que vive una vida corriente, semidevota, semiprofana, y en la que las modernas necesidades no parecen aún definitivamente arraigadas, antes bien muestran no sé qué aspecto de cosa provisional y pasajera y un aire de artificiosa y obligada elegancia.

Porque las ciudades son organismos que nos causan, en conjunto, una impresión humana; son, para nosotros, a manera de inmensos seres con quienes nos encontramos o coexistimos; se nos presentan simpáticas u odiosas, tristes o joviales, agrias o dulces, amables o ceñudas. Las distinguimos como las mujeres: clasificándolas en hermosas y feas. ¿Quién no ha visto alguna vez, en sueños, una ciudad misteriosa? ¿Quién no ha sufrido la pesadilla de una ciudad lúgubre y doliente como la de la *Divina Comedia*? ¿Quién (en viaje), a través del cristal de la ventanilla de un tren, no ha visto venir, co-

rrer hacia él, una ciudad medio borrada por la distancia, que yergue sus cúpulas, sus torres y sus árboles, como largos brazos abiertos que se disponen a recibir al viajero desconocido, como manos que le dicen: «detente, ven a mí, te recibiré como a un peregrino; te acogeré»? Y la ciudad pasa, en rápida violencia, allí, a la vera del camino, en carrera loca y nos deja la emoción de un ser, de una mujer que nos hubiera llamado, y que, al acercarse, hubiera huído, impulsada por una fatal y extraña voluntad.

Las ciudades que se entrevén y las que se sueñan, son la delicia de los que corren el mundo en busca de aventuras para su imaginación y de sensaciones para sus nervios. La tentadora curiosidad es incansable y teje y desteje, con hilos de sueños, las tapicerías árabes de la fantasía.

Nuestra ciudad, con su belleza criolla, presenta, según dicen, al extranjero observador, un golpe de vista un tanto arcaico y exótico: las casas bajas, los muros gruesos, las viejas fachadas de seriedad española; muchas ventanas todavía con las fuertes rejas, por las que suelen asomar ramas de albahaca y pompones de claveles; y, aquí y allá, azoteas y cornisas, erizadas de almenas tras de las cuales, doscientos años ha, se escondían las bocazas negras de los arcabuces, todo ello, no destruído aún y conservando la amable y melancólica huella de las cosas que pasan, peculiariza a esta metrópoli, que en el fondo del valle mira su azul cerco de montañas recortarse en el zafir diáfano del cielo.

Lo distintivo de este México es la nota clara de su sol. Los fulgores del día acarician las cosas. Caen como lluvia sutil y hacen rubia la atmósfera. Parece como si se diluyera, sobre las paredes, sobre

el suelo, sobre árboles y hombres, un inmenso topacio. Suele por las mañanas chispear la lejanía con fulgencias de fuente maravillosa. Nada más diáfano que este aire, que acerca las más remotas lontananzas. Los horizontes se esclarecen hasta en sus mínimos detalles; pierden un poco el color, pero no el contorno. En los cerros comarcanos, las hondonadas y quebraduras tórnanse facetas de lapizlázuli, y en las cimas de los volcanes, la nieve tornasola su blancura.

Por eso en estos días nublados la ciudad se transforma; y se presenta como una copia de la otra, de la asoleada, una copia fotográfica, una copia en claro y oscuro, desposeída de los chillantes matices y de las claridades deslumbradoras. ¿Se ve triste? No precisamente; se ve como más perezosa y lánguida en su criollo abandono. Los nubarrones que bajan y se prenden en los picos de los eucaliptos y álamos, obscurecen los días, opacan el aire, le quitan a la ciudad su blonda y juvenil sonrisa.

Van cinco auroras que no sale el sol. Apenas si por minutos, antes de caer la noche, el tenaz amante de la tierra rompe el revuelto mar de las brumas y asaeta las nubes. Pero la niebla es un ejército impaciente que arremete contra todo reflejo y lo ahoga; y allí donde se asomó la luz, lanza sus catapultas más compactas y negras. Y así es como vuelve a cerrarse la techumbre del cielo, cargada de raros ornatos de ébano, de atrevidas decoraciones de sombra, de volutas caprichosas de tinieblas, de inquietantes frisos de bruma.

Y abajo, la metrópoli, enfriada, pierde su espontánea y vieja jovialidad, su amante desparpajo, su fisonomía de pereza voluptuosa, su abierto y fran-

co gesto de ciudad colonial que vive feliz en conservar las arcaicas piedras que la caracterizan y embellecen.

Cinco días hace que estas mañanas crepusculares y estas tardes anémicas arrancan hojas en los jardines públicos y empañan los vidrios de los balcones cerrados.

La ciudad comienza a sentirse inquieta, y como no está acostumbrada a semejantes desazones meteorológicas, ya tiene la obsesión simbólica del loco ibseniano:

—Madre,—le dice a la Naturaleza,—dame el sol.

Y mientras escribo esta nota de invierno, los transeuntes que alcanzo a ver desde mi cuarto, cruzan por la acera de enfrente envueltos en sus abrigos cuellialzados, en sus tápalos encapuchados, en sus zarapes raídos. Y veo cómo de cuando en cuando levantan la cabeza en busca de algo que les falta. Yo me figuro que van pensando:

—¿Se habrá perdido el sol?

1905.

LAS DOS CEGUERAS

A MANUEL PONCE.

¿Me permitirán ustedes una confidencia? Es muy trivial; pero es muy breve. Y tengo de hacerla, porque... la he llamado confidencia; me mortificaba darle su nombre: disculpa. Ahí va, y Dios sea loado de que no se me tenga a mal.

Señores: no he podido salir de casa durante siete largos días. Y como no he salido, como me he aislado de la vida callejera, perdí el hilo de las impresiones mundanas: no estoy en aptitudes ni en actitudes de cronista. La fiebre de la *grippe* me ha llevado por aquí y por allá, con sus alas de libélula loca, haciéndome añicos las chucherías de los recuerdos. Los grandes, los de telón de fondo, los de los sucesos interesantes, se rompieron, se desgarraron en guñapería de colores; los pequeños, los chiquitines, los íntimos, se barajaron y desvanecieron en un bailoteo de fuegos fatuos. Pero quedó uno, como duendecillo retrasado y terco, que no quiso irse con los demás, y que, a cada momento, se obstinaba en presentarse, tristón, compungido, en el febril remolino que me desbarataba el cerebro.

¡Es extraño! Salí del Teatro Arbeu al atardecer del pasado domingo. Estaba yo saturado de bella

música: una grande y dulce impresión oreaba mi espíritu. Un entusiasmo sano de hacer crítica a través de mis nervios me soliviantaba la pigricia del desencanto. Iba por la calle pensando en mis libros, en los que había de leer para prepararme a la audición del "Don Juan," de Strauss. Me seducía particularmente el recuerdo de ciertas páginas maravillosas de Mauclair, y de otras, muy lindas y sinceras, de Rolland. Saboreaba yo mi vuelta a la isla de oro del ensueño, del estudio, del claro baño de esteticismo, que, en otro tiempo, refrescó tanto mi corazón y le conservó la juventud y la agilidad.

En el saloncito de mi casa me esperaba una sorpresa: un jovencillo ciego, que toca el violín, quiso venir a verme para que le diera mi opinión sobre sus adelantos en el arte. Como es un muchacho ocupado entre semana — ¡pobrecito! — escogió un día de fiesta para hacerme esta interesante visita. Al principio me contrarié un tanto, lo confieso. El chico, sin saberlo, iba a estropearme el universo interior, que por uno de esos milagros que prodiga la "religión de la orquesta," se me abría en los horizontes del pensamiento.

Luego, mientras escuchaba a la infeliz criatura, lamentarse en el instrumento diabólico, fuéme invadiendo una piedad lacrimosa, tan enfermiza y maternal, que el llanto que caía sobre mi alma, desvaneció a poco las emociones de irrealidad, así como una imprevista lluvia pone en fuga a las aves, y me quedó la memoria angustiada de esta hora de dolorosa intimidad con una víctima del acaso, que no se sacó los ojos como Edipo, sino que, siendo ni-

ño, en sus caprichosas y trágicas travesuras, se los picó la fatalidad, con sus dedos de sombra.

Espiritado, enclenque, gesticulando, con la cabeza caída sobre el hombro donde apoyaba el violín el brazo encanijado; con el mechón de cabellos como fleco endrino, colgando sobre la frente plana, con las cuencas de los ojos llenas de gluten cuajado en blanca gris, con el rostro—carátula dolorosa—achatado y extático; y con el ir y venir del arco impulsado por la mano magnética así persistió en mi retentiva cerebral la figura de mi amigo el músico. Así fué y vino por los rincones y pasillos de mi fiebre. Así hablo de él ahora, en una nota muy personal, que tal vez resulte impertinente en un artículo de periódico.

Sí, señores; eso es lo que traigo a la *Crónica vieja*: he oído tocar a un ciego. La cosa es de lo más vulgar que se conoce.

Los ciegos, que no pueden comunicarse con nosotros por medio de la luz, se comunican mejor por medio del sonido.

Mi ciegucecito, el ciegucecito de mi obsesión calenturienta, es un artista intuitivo, y me trajo también a la memoria, a aquel otro ciego inolvidable en el almacén de mis añoranzas. Me acordé de Manjón. Pronto hará veinte años que lo oí. Y me parece que fué ayer, que es este mismo que ha cambiado la vihuela melancólica en violín gemebundo.

Y viene a mi mente, el mismo problema: ¿Será una gran desgracia ser ciego, no contemplar el día; no sentir el mundo real en los fenómenos de la luz; estar condenado al calabozo perpetuo de sí mismo?

Y yo decía entonces: «¡Ah, no! Por el contrario; ser ciego desde la cuna, figurarse el mundo, co-

mo viajamos, dormidos, por los países del ensueño; crear un universo conforme con nuestro temperamento; dar caprichosas y vagas formas a nuestras ideas; soñar con el color ignorado al percibir una agradable fragancia; dar el matiz que imaginamos al palpar un objeto que nos seduzca por el sentido muscular; extraviarnos en metafísicas reflexiones, cuando oímos que los que ven, dicen: el cielo es azul; el agua, transparente; las mariposas son flores que vuelan; los ojos de las mujeres brillan como estrellas..... es ser feliz, a la manera mística y alucinada de los creyentes y de los enamorados.

Se ama la luz más, porque no se la conoce; se le ama con el fervor con que adivina el cristiano el ejército de los ángeles y el coro de las vírgenes. Lo que llega a poseerse, hastía. La hermosura que jamás se ha desnudado ante nuestras miradas, es la que más nos enamora.

Y luego: ¿quién nos asegura que los ciegos no ven? No ven como nosotros, convenido. Pero ellos, que cada día afinan y educan sus sentidos, ven lo que no podemos distinguir los que absorbemos claridades por las pupilas sedientas. Ven el perfume, y, sobre todo, ven el sonido: el sonido, el sonido que tiene para ellos gama más extensa o por lo menos, más exquisita. La naturaleza es para los ciegos, un concierto infinito de voces nunca oídas por nosotros los torpes, los que hurtamos con la mirada el placer de todas las otras sensaciones. Oímos el gorjeo de las aves y el susurro de las abejas; pero..... ¡quía! eso es demasiado fuerte, demasiado vulgar. Es la banda militar de los paseos públicos; es el ruido de los *latones*; no es la orquesta completa; no es el cuarteto de cuerda que interpreta

música suave y aristocrática. ¿A que no habéis escuchado nunca un coro de colibríes ni un concertante de mariposas? Ellos sí. Porque para ellos el ruiseñor es un canónigo que entona misas de vigilia, y la alondra una *prima donna* de café cantante. ¡Tienen ellos el oído tan hondamente sutil, que desmenuzan en melodías el silencio!

Y agregaba yo: ¡Oh, Manjón era un grande artista! ¿Lo viste, niña de ojos dormidos, como entrecerrados en la contemplación de cosas queridas y lejanas? ¿Supiste, acaso, de alguien que te hablara mejor que Manjón, de los panoramas que había visto ya, sin haber reparado en ellos? Acuérdate. Salvador Rueda, no te describe con tan nimios detalles, en sus versos de iris, el patio andaluz, el emparrado de anchas hojas, la tosca mesa, con un batallón de cañas de manzanilla en la cubierta, el macareno de cabeza ceñida por el pañuelo de yerbas; la maja de peineta de nácar, el muro blando deslumbrante de sol, y, arriba, el cielo de cobalto, immaculado y profundo. Todo eso pintaba el instrumento de aquel delicioso "ciego que veía."

¿Qué trecho habrá desde la tierra al cielo,
Pastor? Y yo la dije sin recelo:
Medido de tu mano diestramente,
Un codo solamente.
Y ella se complacía:
Y era soñar el "ciego que veía."

La vieja canción que el fraile maestro entonó tan melodiosamente en el siglo diez y ocho, se realizaba.

¡Qué maravilla de pintor era aquel Manjón!

Cualquiera, al oírlo, hubiese asegurado que tenía delante a Fortuny.

Su guitarra era un lienzo: cuadro de tonos vivos y enérgicos o de pálidos y esfumados matices. Y como iba tocando, no en el instrumento, sino de corazón en corazón para despertar sensaciones adormecidas, el hechizo de la vista se hacía más intenso y concluía por dominarnos. ¡Mentira! Manjón veía, hasta deslumbrarse, la Radiación Suprema. Y mientras él la miraba, nosotros íbamos percibiendo las cosas más oscuras y más remotas, a pesar de que, lentamente, nuestros ojos se empañaban con las lágrimas.

De aquella impresión juvenil, a esta nueva experimentada tantos años después ¡qué diferencia tan grande, tan esencial, tan triste!

El pobre músico ciego que acabo de oír, despertó en mí, no la fantasía, sino el dolor. Su violín no fué ya un pincel para recreo de mis miradas, sino un estilete que me transverberaba el pecho. Quejábase el violín en una melodía lenta y penetrante, impregnada de angustiosos reproches. Parecía interrogar: ¿Por qué? Yo soy una alma buena que ama la libertad y la belleza; y me encerraron en el misterioso cautiverio de la sombra. ¿Por qué? Yo no me había encarado contra el destino; yo quería vivir como todos, pidiendo al día y al amor, un rayo de luz..... ¿Por qué?.....

¡Pobre violinista sin ojos, tienes razón! Traduces en sonidos tu pesadumbre, en notas agudas tu desesperanza. No pintas ya frente a mi espíritu cuadros de colores brillantes; no reproduces en mi imaginación, motivos de fiesta, muros enjalbegados, cielos azules.....

Ahora sí que estoy convencido, ahora sí. Es una gran desgracia ser ciego. Sí que lo es. Mi espíritu, como tú, veía. Y como tú, ciego, herido en los ojos que contemplaban de hito en hito la luz del ideal y los celajes de la ilusión, se queja de las impiedades del destino, en estas pequeñeces, en estas naderías, en esta poesía romántica y corriente, en este viejo violín de pordiosero, que afino en cada esquina para ganarme el pan, e ir tirando del carro hasta que se me concluyan las fuerzas.

Y tú, violinista triste, estás más cerca de mí que aquel Manjón que entretuvo mis imaginaciones de trovero juvenil. Porque estás en el fondo de mis penas humanas e inevitables, hijas abnegadas, Antígonas fieles de los desengaños y de las traiciones de la vida.....

Y en medio del alboroto duendil de mi fiebre, me puse a componer unos versos, que, por supuesto, no acabaré nunca, y que empiezan así:

No ve el sol, no ve el día,
nada ve; marcha, a tientas, en la sombra.
Sólo una voz la guía,
una voz de la noche, que la nombra...
¿Quién te arrancó los ojos, alma mía?
Y vas, palpando la tiniebla.....

1912

ÍNDICE

CUENTOS VIVIDOS.

Hijos de Cómica	1
Mariposas de Amor	21
Anteojos y Palomas	31
Un entreacto de Sansón y Dalila.....	39

CRONICAS SOÑADAS.

SUBJETIVISMOS.

Viendo correr el agua.....	47
Al rededor del cometa.....	52
Caricias lejanas.....	59
Una tarde de mi Mayo.....	63
Castillos en el aire.....	67
La tragedia del juguete.....	73
Frente al Chapala... ..	80
CROQUIS DE VIAJE.—I. En charla con el Mar.....	86
II. Mediodía Costeño.....	92
III. Una tarde en la Eminencia.....	96
IV. Danza Maya.....	100
V. Mérida entre dos luces.....	106
Pobrecito Don Quijote!.....	112
El Ministro y los Poetas.....	117
Vé a la escuela.....	125
Instantánea de Invierno.....	130
A Caperucita.....	134

EN LA RUEDA DEL TIEMPO.

Tema religioso	141
Fantasía sobre sueños místicos.....	150
Diálogos interiores	155
A una devota.....	160
Almas, iglesias y golondrinas.....	165
La guerra de San Juan y la guerra civil.....	171